

LLUÍS CABRÉ, ALEJANDRO COROLEU, MONTSERRAT FERRER, ALBERT LLORET, JOSEP PUJOL, *The Classical Tradition in Medieval Catalan 1300-1500. Translation, Imitation and Literacy.* Woodbridge, Tamesis, 2018, 289 pp., ISBN: 9781855663220

A los trabajos de Lluís Cabré, Alejandro Coroleu, Montserrat Ferrer y Josep Pujol del Institut d'Estudis Medievals de la Universitat Autònoma de Barcelona, se unen en la presente monografía los de Albert Lloret, profesor titular de español y catalán en la Universidad de Massachussets en Amherst. Ahora nos ofrecen los resultados de su línea de investigación sobre la recepción clásica en lengua catalana de manera selectiva, engarzada y coherente. Selectiva en las coordenadas espaciales y temporales: la Corona de Aragón desde 1300 a 1500; en la lengua de recepción de los clásicos: el catalán; y, por lo tanto, selectiva también en el corpus y bibliografía consultada. La perspectiva que adoptan contribuye a la complementariedad del conjunto de los trabajos, que vienen fundamentados en cuatro bloques principales con el objetivo de responder a las siguientes preguntas: quiénes eran los interesados, en qué obras clásicas concretas, para qué encargaban sus traducciones, cómo se hacían tales versiones, qué creaciones literarias fructificaron a partir de esos intereses y cómo respondió el mercado del libro. Cuestiones todas ellas esenciales cuando se quiere acometer la investigación en traducción.

El primer capítulo establece el estado de la cuestión geográfico, político e histórico para encuadrar el fenómeno de la producción en lengua catalana (Capítulo 1: «Historical Background»). Tal marco salva los posibles anacronismos, mediante una contextualización cronológica y geográfica de la lengua catalana como vehículo de cultura durante el período medieval y renacentista. Son obligadas las referencias sobre la influencia recibida desde el norte de Europa, la península itálica y desde la Corona de Castilla. Reflejo de esta realidad son las conexiones lingüísticas con el occitano y el castellano y las comunicaciones entre espacios culturales que desembocan en traducciones e influencias en ambas direcciones. Pues es sin perder de vista el conjunto y la evidente permeabilidad de estos intercambios como se puede subrayar justamente la aportación de la lengua catalana a la recepción clásica.

El tipo de público interesado en los clásicos y, por tanto, los lectores y encargos de las traducciones ocupa el segundo capítulo («Literacy: Translations and Royal Patronage»), donde remiten a los objetivos e intereses que perseguían las distintas comisiones y lecturas y presentan una situación que ya se ha dado en otras áreas europeas e hispanas: los protagonistas del movimiento de traducción de los clásicos se concentran, sobre todo en los primeros momentos, en los ámbitos cortesanos regios y nobiliarios. De ahí que los autores de la presente monografía hayan decidido exponer y analizar los datos siguiendo la cronología y coordenadas de los distintos monarcas de la Corona de Aragón. Reyes que encargan traducciones de los clásicos, monarcas lectores y también algunos creadores forman parte de las circunstancias que promueven el fenómeno de las traducciones de los clásicos y que fomentan su orientación en direcciones que evolucionarán y traspasarán los posibles límites iniciales.

En este proceso no se puede perder de vista la continuidad, esencial para comprender en sus justos términos cualquier proceso cultural. Por eso se destacan cinco corrientes antecesoras que contribuyen a la transmisión y comprensión de los clásicos: la trovadoresca, la historiográfica, la caballeresca y épica, la francesa y el componente de la moralización. En las cinco, además, se producen creaciones específicamente catalanas. La tradición trovadoresca remite a las conexiones occitano-catalanas y se ejemplifica en las creaciones trovadorescas del príncipe Pedro de Aragón (1305-1381) a propósito de la coronación de su hermano Alfonso III (1299-1336). El interés por la historiografía se plasma en la circulación de obras en latín y en vernáculo, como se ve en el caso de Jaime II (1267-1327), quien comisiona y lee traducciones de Tito Livio, o en el interés por Plutarco y Tucídides por parte de Pedro III (1240-1285). Además, las creaciones historiográficas catalanas siguen los pasos de sus antecesores, con Rodrigo Jiménez de Rada (ca. 1170-1247) como principal referencia y dos siglos más adelante, durante el denominado período napolitano, tal interés se manifiesta en las obras de Tommaso Chaula, Joan Margarit i Pau (ca. 1421-1484) y Gaspar Pelegrí de 1443 (en cuya *Historia Alphonsi primi regis*, por cierto, se documenta la primera referencia de Alfonso el Magnánimo (1416-1458) como Alejandro Magno). De esta corriente forman parte también los trabajos de

Bartolomeo Facio, Antonio Beccadelli, Il Panormita (en 1455) y la *Gesta Ferdinandi regis Aragonum* de Lorenzo Valla en 1445. La tradición caballerescas y épica se refleja en la materia de Bretaña, que desemboca y se renueva en el *Curial e Güelfa* y en la promoción de adaptaciones de los mitos clásicos que supone la obra de *Tirant lo blanc*. En cuarto punto, la realidad del francés como lengua de cultura –y signo de esa influencia norteña a la que se hacía mención arriba– se demuestra en la corte de Juan I (1350-1396) a través de la labor de Guillem de Copons. En este contexto se traducen las *Heroidas* de Ovidio al catalán y a través de la vía francesa se vierte también al catalán a autores como Vegecio y Flavio Josefo. Por último, la tradición que hemos denominado «moral» supone también un signo de los objetivos que alimentan tales traducciones y lecturas de los clásicos. Por un lado, la tradición educativa se plasma en el interés por los regimientos de príncipes, a través de los cuales se transmiten las máximas de Séneca, la experiencia de Valerio Máximo o las recopilaciones clásicas de Juan de Salisbury. Los clásicos se reciben asimilados o adaptados a las consideraciones cristianas, lo que remite, según los autores, a esa «ausencia de sensibilidad en el manejo de las fuentes y la falta de perspectiva histórica y filológica» (p. 68). Una lectura moral y moralizadora de los clásicos explica también el interés por la materia histórica y militar y por la formación política y los comportamientos cortesanos, como ejemplifica la labor del dominico Antoni Canals (ca. 1310-1416/19) y su traducción de Valerio Máximo, durante el reinado de Martín I (1396-1410), del *De providentia*, pretendiendo convencer al noble de la racionalidad de la misma.

Los humanistas italianos, como cabe esperar, ocupan un importante papel en la recepción de los clásicos y también en las adaptaciones y renovaciones que se dan en lengua catalana: Melcior de Gualbes, servidor en la corte de Juan I, es el primer poeta que demuestra conocer a Dante, y Bernat Metge (1340/46-1413) es el primer escritor que refleja haber leído la *Divina comedia*. Petrarca (1304-1374) dedica su poema *Africa* al Alfonso de Aragón, duque de Gándia (1332-1412) y será el procurador general de éste, Ausias March (1400-1459), quien se representa como el gran adalid de la literatura en lengua catalana, combinando la espiritualidad de san Bernardo, con la psicología aristotélico-tomista y un conocimiento de la literatura clásica, inclinándose especialmente hacia influencias. Autor que es contemporáneo de Jordi de Sant Jordi († 1424) y del traductor al catalán de la *Divina comedia*, Andreu Febrer (1375/80-1437/44). El marqués de Santillana (1398-1454) en tierras castellanas siguió demostrando una admiración efectiva y recíproca por sus obras. Es también en esta época cuando se traduce al catalán el *Decameron* y se fragua la representación catalana del humanismo cristiano en Felip de Malla (ca. 1370-1431). Asistimos, por lo tanto, a la interrelación entre humanistas italianos, catalanes y castellanos y a la realidad comunicativa de la cultura europea, factores todos que sirven para subrayar también las particularidades locales de los distintos procesos de recepción y comprensión.

Por eso, si toda recepción, y más si es de los clásicos, ha originado una respuesta determinada por parte de sus destinatarios, el tercer capítulo ofrece los análisis de unos productos más o menos originales y destacables de lectores que son también autores. (Capítulo 3: «Imitation: The Classical Tradition in the Works of Five Major Authors»). Aquí, las innovaciones en lengua catalana que se han producido a partir de la tradición clásica remiten a las inversiones de los mitos o a la libertad en la manipulación de la tradición clásica. Ramón Llull (ca. 1232-1315) y Pere Torroella (ca. 1420-1492) son ejemplos de estas realizaciones y Jaume Roig († 1478) es signo de las distorsiones grotescas a las que puede llegar la evolución.

En este apartado, y utilizando las elocuentes metáforas de «Petrarca como modelo», «tras las huellas de Ovidio», «guiado por Virgilio», «seguidor de Boccaccio» y a la «sombra de Livio», los autores presentan el contexto creador de Bernat Metge, Ausiàs March, el autor de *Curial e Güelfa*, Joan Rois de Corella y Joanot Martorell, respectivamente. El ámbito cortesano en el que se mueven todos y su honda y a la vez personal interpretación de los clásicos les convierte en representantes de una profunda renovación y creación continuada e individual de la tradición. Así, nos presentan el circunstancialismo, escepticismo y humor de Metge; la ruptura renovadora con la tradición y la espiritualidad cristiana de Ausiàs March; la transformación en clave cortesana de *Curial e Güelfa*, suponiendo, «quizá», el único testimonio del siglo XV (p. 110); la presentación de la obra de Joan Rois de Corella que no significa únicamente «una de las pocas adaptaciones medievales del mito», sino que «quizá» es «la mejor» (p. 112) gracias a su habilidad, tanto para elaborar un género trágico a partir de la elegía y comedia clásica, como para adaptar la fuente epistolar clásica a un nue-

vo lector cortesano; y la «modificación» de la tradición de Joanot Martorell, que reúne en *Tirant lo blanc* una combinación personal de tradición clásica, experiencia personal y ficción caballeresca sentimental.

Igual que la lectura de los clásicos y su influencia se demuestra en las traducciones, recreaciones y creaciones, también los resultados de estas últimas se prueban en los éxitos o fracasos editoriales. Por ello, y para cerrar el ciclo receptor y abrir, a su vez, otro panorama, el último capítulo aborda el reflejo de estas realidades en la transmisión impresa (Capítulo 4: «Printing: Humanism and the Renaissance»). Así, establecen las coordenadas geográficas y culturales de la imprenta en lengua catalana, dando cuenta de las relaciones itálico y castellano-catalanas. Además, el público interesado traspasa las fronteras regias y nobiliarias (se constata, por ejemplo, el papel de familias patricias interesadas en tal comercio cultural). Ferran Valentí († 1476) traduce las *Paradoxa* de Cicerón (1450) y es autor de la versión glosada del *De officiis* de 1428, entre otras. Francesc Alegre († 1508) alude a las versiones de Ovidio al catalán anteriores y las corrobora como modelo válido para el vernáculo. En Nápoles se concentran Arnau Fonolleda, Pere Torroella, Lorenzo Valla, Romeu Llull y Jordi de Centellas. Este último, en su versión catalana de Beccadelli, es ejemplo de un método de traducción característicamente medieval, en el que reemplaza invocaciones paganas por cristianas, excluye algunos pasajes, introduce nuevos materiales y adapta el contenido a las circunstancias políticas del momento. Por otro lado, Pere Miquel Carbonell (1434-1517) y Jeroni Pau (1458-1497) muestran un cierto olfato filológico en su interés por consultar de primera mano los materiales y el trabajo personal en archivos. El público interesado traspasa las fronteras regias y nobiliarias y se constata el papel de familias patricias interesadas en tal comercio cultural. Por lo tanto, se observa cómo la tradición, la continuidad y la renovación pueden seguirse, por lo tanto, en las distintas paradas en el camino de la recepción de los clásicos.

Por añadidura, a lo largo de estas páginas los autores no se han conformado con una oferta de clasificación de los datos y un análisis descriptivo, sino que han interpretado los resultados en el conjunto cultural. Por eso recuerdan, por ejemplo, que la ausencia de ciertas ediciones en localidades específicas no necesariamente implica una ausencia de intereses en tales ámbitos (p. 140), pues los clásicos latinos continuaban siendo recibidos en catalán, junto con otras obras populares medievales, durante el último cuarto del siglo XV y los primeros años del XVI (p. 143). Sin embargo, excepto las *Fabulas* de Esopo, impresas en 1574, no se imprime ninguna otra traducción en catalán. Aunque no es menos remarcable tampoco el número de incunables y post-incunables de textos de literatura catalana que se imprimen entre 1470 y 1522. Con todo, reconocen que la recepción de la literatura catalana es irregular y únicamente dos obras gozaron de difusión continuada: el *Curial e Güelfa* y *Lo somni* de Bernat Metge. Aparte de estas, se conservan algunas copias de dos ediciones incunables de *Tirant* y Diego de Gumiel imprime una traducción española de Martorell en 1511. Esta situación sirve a los autores para subrayar la relevancia de Ausiàs March: único autor ampliamente leído, impreso, imitado y traducido y, en consecuencia, el representante de literatura en catalán que goza de mayor prosperidad, logrando transmitir el legado clásico medieval en y más allá del Renacimiento hispánico (p. 153).

Por último, pero no por eso menos importante, y dado que todo el estudio se basa en el conocimiento de los testimonios correspondientes, se ofrece un «Catálogo de traducciones hasta 1500», en donde consta el papel receptor y transmisor que supuso la lengua catalana en la trayectoria de los clásicos en la Península. Dicho catálogo es la piedra de toque, el fundamento y la justificación de todas la exposición, clasificación e interpretación de las páginas anteriores. Se cierra, por tanto, la monografía, con la presentación de un instrumento que resulta útil tanto para probar los análisis previos como para matizar y continuar las investigaciones en este terreno.

En consecuencia, esta monografía contribuye a comprender el amplio entramado cultural que supone la tradición clásica y nos ofrece un trabajo de fuentes centrado en uno de los hilos de ese tapiz que supone la recepción de las fuentes grecolatinas. Y es que sin una visión de conjunto no se haría justicia ni a las particularidades de la recepción clásica en lengua catalana ni a lo que estas supusieron en el ámbito hispánico y europeo.

MARÍA DÍEZ YÁÑEZ
Universidad Autónoma de Madrid